

Sí; ¡y qué delicadeza qué elegancia de síntesis cordial!

Desgraciadamente, Solar Correa no nos prodiga este lenguaje. Al contrario, parece más bien, que buscara la nota áspera o terca a objeto de causar impresión adversa. En cierta oportunidad llega a la hiperestesia aguda, sin poderse contener en su ira:

Como si todo el ruido de la ciudad fuera nada— escribe—en cada esquina, rodeado de auditorio numeroso, hay un ciego majadero que toca la flauta o un mal violín... (pág. 134).

Si Solar Correa fuera un artista, un verdadero artista, ante el espectáculo del músico ciego, habría tenido una doble sensación: la de la música mala y la de la tremenda desgracia de la ceguez—y —corazón de poeta—habría callado la censura. Rubén, Rodó el armonioso Cristóbal de Castro, en vez de «ciego majadero» habrían escrito, «hermano ciego».

Sea dicho en homenaje a Francisco de Asís.—*Augusto Iglesias.*

NOVELA

«LLAMPO BRUJO», por *Sady Zañartu.*

La literatura chilena es pobre en novelas nortinas. Puede sin hipérbole decirse que casi toda esa vasta y rica región se halla virgen en nuestra literatura imaginativa.

Hay dos o tres libros que constituyen una excepción. Entre éstos se destaca la novela «Carnavalaca» de Andrés Garafulic, cuya potente visión de las masas lo hace apto para emprender obras más extensas; y Honorio Henríquez Pérez, que pintó a Vallenar y sus costumbres en «Por la gloria de San Ambrosio».

Toca ahora completar este ciclo a Sady Zañartu, laborioso y tenaz artista que ha viajado mucho y ha obtenido una curiosa documentación sobre hombres y cosas de América.

Este escritor nació en Taltal y le tocó desenvolver su infan-

cia en un mundo de ensueño y poesía en que los mineros relatan sus experiencias y las caravanas vuelven con noticias inciertas de lejanos derroteros y de alcances extraños. Este mundo original y poderoso de fantasía se gravó en las pupilas del novelista y hoy nos los devuelve en un relato rico y coloreado; pero que tiene algunas vacilaciones que contrastan con firmes trazos y siluetas fulgurantes en que arde todo el viejo encanto del Chile minero que preocupó a Pérez Rosales, a Jotabeche, a Marcial González, a Sayago, a Concha y a otros escritores del pasado.

El minero chileno es un hombre imaginativo y poético, cuya sensibilidad es más rica y laboreada que la del agricultor que vive muy apegado a la tierra sin conocer nunca los ensueños, las bizarrías y las peregrinaciones de los buscadores del desierto. En éste hay una compensación respecto a la sequedad creadora de las zonas agrícolas. Parece que como contraste con la aridez de la tierra nortina se ha desenvuelto en su seno una rica legión de palladores, cuentistas y rapsodas de las empresas mineras, de los dramas de la pampa y de las peregrinaciones en busca del oro, de la plata y del cobre.

Zañartu presenta ahora un relato que es novedoso en nuestras letras. Late en él un sentido oculto y esotérico. Es como la voz en sordina de las viejas consejas criollas que se animan con el rescoldo de los campamentos. Pasan por sus páginas sombras familiares y empapadas de chilenidad. Taita Berna, el ermitaño, es una verdadera creación del novelista y vivirá junto a otros grandes tipos criollazos de las letras nacionales, con el Neira de Díaz Garcés, con el piloto Oyarzo y el Moño de Latorre, con el Aliste de González Vera, con los recios aventureros de Manuel Rojas.

En «Llampo Brujo» (1) hay recuerdos de la infancia y entre su bruma se perfilan incontables y delicadas figuras. El novelista ha ganado en estilo, en liviana armonía de lenguaje, en el trazo amable y grácil de las estampas, no queda nada

(1) Editorial Nascimento. 1934.—Santiago.

de la reciedumbre, en ocasiones pesada de su relato «La Sombra del Corregidor».

También ha progesado el escritor en las descripciones. Sus paisajes son suaves y no apesadumbran el giro de los relatos aislados que como un mosaico de suaves tomos forma el libro. En este el ritmo general es poético y tranquilo, pero el sentido crítico de Zañartu tal vez le ha indicado que eso es insuficiente. Entonces advertimos un jadeo de forzado realismo en algunas escenas que desentonan en el conjunto.

Zañartu no ha adquirido aún esa maestría técnica que lleva a la perfección novelesca. Muchos de sus cuadros dan la idea de meros bocetos, de dibujos destinados más tarde a la confección de un trabajo perfecto. Pero esto no disminuye su fervor de evocación, su fina melancolía de cepa legítima, con aromas de ensueño y de leyenda, ni sus expresiones felices y cautivadoras. Por ejemplo habla del «sarcófago de los cerros». Habla también por ahí de unas copas «largas como calambres». Son frecuentes en Zañartu tales aciertos expresivos. Es quizás uno de los novelistas criollos más cuidadosos de su trabajo. Otros le ganan en hondura y técnica, pero pocos consiguen, llevar delicadamente al lector a esas sendas poco trilladas en que él camina con pericia de baqueano.

Abundan en «Llampo Brujo» los éxitos de evocación y de estilo, pero sus defectos revelan cierta frialdad característica en el autor y que se hace más notable cuando se le conoce. No significa esto decir que no haya cordialidad en Zañartu. Por el contrario, es un hombre muy gentil y amistoso. Lo que deseamos significar es que por su carácter de investigador, por la raigambre erudita de sus trabajos y de su estilo, Zañartu se ha alejado de las grandes pasiones que conmueven y agitan al hombre. Desde luego en «Llampo Brujo» se echan de menos los grandes tipos femeninos y el amor. Están admirables esos personajes romanceros que se llaman Ño Chureja y Taita Berna. Las hembras son secundarias y quedan arrinconadas en el recuerdo cuando notamos la cálida seducción de estos memorables tipos.

«Llampo Brujo» no obstante los reparos indicados, es el mejor de los libros novelescos publicados en el último tiempo. Zañartu, con un poco más de avance en la técnica y abandonando algo el lazarillo del recuerdo escrito y del documento, puede darnos obras definitivas. Para ello está dotado de una fina sensibilidad artística y de condiciones estilísticas nada de comunes en Chile.—*Ricardo A. Latcham.*

CUENTOS

LA MUJER QUE SOÑÓ UN HIJO, de *Filomena Cervantes de Mujica.*

Este libro (1) trae un prólogo de Antonio Acevedo Hernández, una dedicatoria, una lista de cinco obras por publicar y nueve cuentos, muy desiguales en mérito.

Los personajes centrales de estos cuentos son mujeres, algunas bonitas, otras feas o maduras; pero todas sentimentales, de una sentimentalidad que siempre da lugar a aventuras eróticas.

Los cuentos van dedicados: «A la mujer que siente y sufre: que lleva su dolor como un Dios encadenado dentro de su corazón».

De los nueve cuentos hay tres bien realizados y de algún mérito: «La cita», «Sol de Otoño», y «El amuleto».

«La mujer que soñó un hijo»—el cuento que da título al libro—es cursi, de pretensiones ibsenianas, y lleno de tesis y de lágrimas.

Dice la heroína:

En el Liceo pasé años felices, pero me tildaban de rara porque soñaba en voz alta y era apasionada, violenta y sin motivo lloraba por las tardes al presentir la belleza del mundo exterior. Me trepaba a los árboles para mirar las lejanías azules. . .

Así es que el procrear sin amor, seres que no juegan porque no fueron

(1) Editorial Cultura.—Santiago de Chile, 1933.